

El viaje de cuca

clara maria torres cruz



Capítulo 1

El viaje de Cuca.

Cuca vivía al final de un caserón interminable a la vera del puente de un río medio seco. Fue hija de una atolondrada, quien confundió el sexo con la esquizofrenia dejando incógnita la paternidad de sus retoños. En uno de los arrebatos paranoicos, la madre fue ingresada en un psiquiátrico y no salió más de allí hasta que abandonara el mundo sin revelar el nombre del padre de sus hijos. Los vecinos, empezaron a mandar correspondencias a parientes lejanos sin éxito de respuestas. Incluso buscaron parecido entre los niños y la vecindad, a ver si a tientas acertaban de súbito un padre a las criaturas. Eran todas tan diferentes entre sí, que pretendieron investigar vecino por vecino. Pero resolvieron tanto las intimidades del vecindario, que en víspera de posibles revoluciones conyugales desistieron de la idea y hubieron de aceptar que las monjas ingresasen al parvulario en un internado de beneficencia. De sus tres hermanos, dos, se dedicaron de por vida a la caridad del lugar y el otro se fugó antes de tiempo. Cuca, salió a los diecisiete años. Envuelta en la frescura de la adolescencia exhibía una vitalidad extrema que le aportaba algo de belleza. Una tía llena de remordimiento la reclamó desde otra provincia. Y compensando el error de no haber asumido antes su tutoría le envió el pasaje de ida. Camino al ferrocarril, Cuca se dio la vuelta para implorarle al colegio que la volvieran a recoger. Pero en la espera del autobús que la conduciría al centro, apareció un extraño, pidiéndole el último en la parada del ómnibus. Le contó de sus padres gallegos, de la nostalgia con la que murieron lejos de Galicia, de la suerte que al menos le quedara un caserón interminable, aunque fuese en las periferias de la ciudad, de su curso urgente de zapatero para amortiguar la economía, y hasta le alcanzó el tiempo de invitarla a su casa, antes que apareciera el autobús y se fueran juntos.

Un portón desgastado y altivo representaba la casona, calado al centro por dos puertas que no por pequeñas eran menos arrogantes. Un amplio recibidor descascarado precedía la sala, donde un sofá de rejilla rota, un televisor en desuso, una repisa deshabitada y dos sillones de madera intacta, amueblaban el espacio. Los adoquines de la terraza interior desembocaban en la cocina no sin antes dejar en su paso una larga acera cundida de habitaciones contiguas y baños intermedios. Del comedor al patio se bajaba por tres escalones espléndidos. Por último, el desván, el cual lloraba por las paredes la humedad de una cisterna que atravesaba la casa al otro extremo de la calle. Todo ese ensarte de mampostería cansada soportaba dos pirámides de tejas, que sobrevivían en el tiempo.

Tan grande y colonial era la casa, que años después el gobierno estuvo a punto de convertirla en casa de la cultura, pero por la mala comunicación desecharon el proyecto. Fue en el primer cuarto, encima de un lote de colchas sobre un bastidor de muelles, que Cuca perdió la honra y a mucha honra no volvió a salir de allí hasta la semana siguiente, cuando se presentó la tía con la autoridad tras su desesperante búsqueda. Una exhausta investigación y una cadena de circunstancias casuales la llevaron directamente al lugar. Pensaron que el gallego la había secuestrado. Pero la pareja explicó el imprevisto con la justificación de una súbita atracción que les tomó por sorpresa. Despidieron a la tía y a los policías. Y se inmiscuyeron en una extensa pasión con la que fabricaron sus próximos cinco hijos. Él trabajaba toda la madrugada en el taller de zapatería de un cabaret remendando las sandalias destaconadas por el remeneo voraz de las bailarinas. Cuca no daba abasto para esperarlo, amarlo, soportarlo, respetarlo, cocinar, lavar, planchar, recoger, fregar, limpiar, comprar, hervir pañales, darle de comer a los niños, vestirlos, desvestirlos, calzarlos, peinarlos, despertarlos, dormirlos, educarlos, regañarlos, amarlos, soportarlos y caer rendida sin que para amarse y soportarse le alcanzara el tiempo. De día, ella trabajaba en sus quehaceres y él dormía cansado de trasnochar. Cuando ella dormía agotada de tanta labor, él trabajaba en el cabaret. Por lo que solo se veían entre el final del mediodía y el principio la tarde cuando cada cual continuaba su monótono ritmo. A penas una rápida conversación animaba una merienda de urgencia. Cuca, olvidó tanto el tacto de la caricia y el sabor de los besos, que el sexo lo consideraba un arrebató apto solo para adolescentes. Una mañana, se detuvo ante el espejo y se asustó de haber vivido veinte años más sin apenas darse cuenta. Lanzó el almuerzo recién hecho. Recogió a los niños del colegio y los llevó a casa de una amiga rogándole los cuidara hasta el regreso de una diligencia. Visitó el internado. Se estremeció de dolor al ver los cambios que el tiempo y el descuido le produjo. Se entretuvo luego con las vidrieras del bulevar. Tomó el aire en el paseo marítimo y a la vuelta, se ensartó en un laberinto de calles desconocidas. Anduvo hasta que el cansancio la sentara en el contén de una acera, donde el murmullo de una parranda le levantó la cabeza. Del portal del jolgorio la embistió un moreno, quien sin dejar de menearse la indujo a participar del trencito humano que circulaba al compás de la guaracha. Cuca se incorporó a la vía férrea con una extraña incumbencia. Pero bebió tanto ron, que atrapó la memoria al día siguiente cuando una jaqueca insoportable la despertó sobre la cama de un cuarto extraño. Se descubrió desnuda, desconcertada y con un leve dolor de vientre. Caminó entre el reguero de botellas vacías, de charcos etílicos y de cabos de cigarros. Abrió la puerta. Se encontró de frente, un solar repleto de puertas cerradas. Trancó la suya. Descolgó el teléfono.

– *Servicio habitación dígame* — Oyó del otro lado de la línea

-- *¿Dónde estoy?* — Preguntó urgente

– *En una posada señora*—Le respondieron. Cuca colgó de sopetón. Se vistió de prisa y abandonó el sitio con tal urgencia que no pudieron alcanzarla cuando emprendieron su búsqueda para liquidar la cuenta pendiente. Atravesó la autopista tardando un mediodía completo en llegar a pie, donde desconcertado la esperaba el esposo. Introdujo un desmayo en la justificación de la tardanza y una noche entera en la observación de un hospital. Fue creída por su aval de santa. Nadie sospechó del tema, hasta que la conjetura de un embarazo se camufló en dos faltas de regla. Cuca dudó de informar al marido. Llevaban tanto sin tocarse que la gestación resultaba inverosímil y la hipótesis de la virgen María la hubiese mandado a un psiquiatra con su tara maternal. O hubiera acarreado un buen alboroto e investigaciones genéticas que resumirían la estafa en soluciones penales. Desechando ambas tácticas, descubrió tajante el asunto.

--Te he engañado— zanjó

El marido le plantó un puñetazo. No solo le partió el labio, le tumbó dos dientes y le desboronó el conocimiento, sino que, del tiro, le bajó la menstruación. La llevaron a urgencia, donde le diagnosticaron un embarazo psicológico. Le cocieron la boca. Pero jamás recuperó ni la dentadura ni el matrimonio. Ella se mudó al desván con la orden estricta de no pasar a la casona. Desde allí terminó de criar a sus hijos. Ellos sirvieron de recaderos entre los cónyuges rivales. Aquella inmensa casa quedó habitada en sus dos extremos dejando en el centro un laberinto de habitaciones desérticas, donde los niños jugaban al escondite. El desván por encima de la cisterna, estaba dividido por un suelo de madera. En la parte de abajo puso dos sillas, un sofá sin espaldar, una mesa de hierro, una cocina inventada con materiales desechables y dos puertas estropeadas. Una, salía a la calle. Otra, a un pequeño patio con letrina en el escaso espacio que marcaba con una cerca de zinc, el acceso a la casona. En el piso de arriba estaba la cama montada en cuatro ladrillos, en medio de dos mesitas desiguales. Sobre una, un radio que recuperaba la frecuencia a base de puñetazos. En la siguiente, lo senil de una lámpara china. Algunas ropas colgaban sobre una cuerda tendida en un esquinero, bajo el tenue peso de escasas perchas. También había una antigua cómoda con un alto espejo desecho de azogue. Un improvisado ventilador airaba el espacio, impulsado por un motor de lavadora. Y como protestando de su función equivocada, al encenderse, producía un estrepitoso sonido que acababa creando hábito. Cuca empezó a refrescar la culpa con sorbos del vino seco que vendía en la bodega para adobar los guisos. Pero cuando las raciones mensuales del aderezo no satisficieron su remordimiento, consumió el ron que encontraba a granel en los bares. Después, su economía la lanzó a los botes de alcohol de 90° que conseguía en la farmacia de la esquina. Su exmarido, logró ignorarla entre el remiendo de los tacones y el taconeo de su moral. Envejecieron juntos

a ambos extremos de la casona. Uno al este y el otro al oeste. Cuando un cáncer de pulmón la dejara viuda, ni se inmutó en recuperar la zona que por mucho tiempo le fue vedada. Para entonces, sus hijos ya mayores se habían repartido el recinto con igualdad de medidas. El día que traspasó el interior para ayudar a vestir al difunto, tuvieron que convencerla de que no era la borrachera, que en realidad estaba en el mismo lugar donde muchos años atrás la encontró su tía mientras disfrutaba de las primeras delicias de la juventud. Hubo de ser ella misma quien preparara la mortaja, pues los cinco descendientes se encontraban en Rusia aprovechando la furia de estudiar cursos gratuitos en Checoslovaquia. Vistió al muerto. Pero a la hora del velorio su embriaguez fue tan insoportable, que los vecinos frustrados en reanimarla, se fueron solos a la funeraria. Cuando llegaron los hijos con sus ínfulas europeas, una retahíla de muebles modernos y sus cinco motos ETZ, compradas a base de pasar hambre para ahorrar el estipendio, aún seguía atrapada en el inframundo del desván y de sus ebriedades. Sin una gota de perdón y un chorro de reproches fue inmediatamente rechazada. Tres de ellos se repartieron la casona dividiendo independencia. Los dos restantes buscaron otro lugar. Pero ninguno de los cinco volvió a tratarla jamás.

A esas alturas Cuca, ya había olvidado que fue en la intensidad de criarlos que se olvidó de sí. Y que cuando recordó que existía, intentó encontrarse extraviando el camino. Pero nunca más se halló. Y mucho menos a nadie le importó encontrarla. Perdida en el alcohol esfumó la culpa de su error con el vaho etílico. Sin remordimientos ni conciencia de haber errado alguna vez, emborrachaba al tiempo para evitar sus reclamos. Hasta que una tarde ebria y sola, se despidió del mundo desde su desván. El viaje de Cuca había terminado.